

PANORÁMICA DE LA LITERATURA DOMINICANA ACTUAL¹

Panorama of Present Dominican Literature

José Alcántara Almánzar
Escritor y crítico
Director
Departamento Cultural
Banco Central
República Dominicana
Correo electrónico: j.alcantara@bancentral.gov.d

Resumen

El siguiente artículo presenta un panorama de la literatura dominicana más reciente. Para llegar a ella, ha sido necesario vincularla con la trayectoria de la literatura y la producción cultural de la segunda mitad del siglo XX y las instituciones culturales que la promueven. Se ha intentado exponer, además, la producción de la diáspora en Estados Unidos, Puerto Rico y España.

Palabras clave: literatura dominicana contemporánea, cultura, autores, República Dominicana

Abstract

The following article presents an overview of the latest Dominican literature. For this purpose, it has been necessary to establish a link with the trajectory of the literature and cultural production of the second half of the 20th century and the cultural institutions that promote it. An attempt has also been made to expose the production of the diaspora in the United States, Puerto Rico and Spain.

¹ Conferencia leída en Casa de América, Madrid, España, el miércoles, 5 de junio de 2019.

Keywords: contemporary Dominican literature, culture, authors, Dominican Republic

Recibido: 9 de julio de 2019. *Aprobado:* 10 de agosto de 2019.

I Inicio

Hacer una panorámica de la literatura dominicana de las últimas décadas resulta una tarea que sobrepasa mi capacidad, pues abarcarlo todo es prácticamente imposible. Por otro lado, si el esfuerzo se concentra en poner de relieve las contribuciones más relevantes de los hombres y mujeres de letras del país, se corre también el riesgo de omitir autores y obras importantes, por lo que me adelanto a pedir disculpas por cualquier ausencia relevante.

Al hacer un recuento de las letras dominicanas de los dos primeros decenios de este siglo, hay un dato que salta a la vista: *excepto uno, los grandes maestros de la literatura dominicana del siglo XX han fallecido, dejando un enorme vacío en el panorama cultural del país.*

Por lo menos cinco personalidades capitales partieron en las postrimerías del siglo XX, o en los primeros años del XXI, las cuales paso a mencionar:

Manuel del Cabral (1907-1999): una figura clave de los Poetas Independientes de los años cuarenta del siglo pasado; un poeta de variados registros e innovadores aportes a la literatura nacional, cuyo *Compadre Mon* (1943) bastaría para situarlo entre los máximos exponentes de nuestra lírica.

Manuel Rueda (1921-1999): artista ecuménico que cubrió con su obra todos los registros de la música y la palabra, renovó el panorama poético dominicano con la creación del Pluralismo en 1974, movimiento que fue una impresionante estrella fugaz, quien en el ocaso de su vida recibió el Premio Tirso de Molina del Instituto de Cooperación Española entre más de doscientos participantes, por su obra *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca* (1996) y, meses antes de morir, el Premio «Don Eduardo León Jimenes» de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo de 1999, por *Las metamorfosis de Makandal* (1998), especie de testamento personal y visión totalizadora de la isla y sus sincretismos seculares.

Pedro Mir (1913-2000): poeta de raigambre social y proyección universal, que plasmó en su poema emblemático, *Hay un país en el mundo* (1949), todo el drama de su pueblo en tiempos ominosos; un poema que habría de convertirse en símbolo patrio y canción popular de gran calado en la conciencia nacional.

Juan Bosch (1909-2001): consumado artífice del cuento hispanoamericano, maestro de maestros –como lo revelan los testimonios de Gabriel García Márquez (1927-2012) y Sergio Ramírez (1942)–, cuyos cuentos magistrales constituyen un viaje al corazón de nuestros pueblos en una época de ignorancia e indefensión, de miseria y atraso, pero sobre todo verdaderos paradigmas de perfección formal y belleza narrativa que la política, de la que fue teórico y un activo propulsor, interrumpió en los inicios de la década de los sesenta del siglo pasado, dando paso a una poderosa vena de historiador y pensador social.

Virgilio Díaz Grullón (1924-2001): un narrador exquisito, un cuentista nato que, en un caso parecido al de Juan Rulfo (1917-1986), publicó muy pocos libros, tres de cuentos, una novela corta y un libro de memorias, pero los tres primeros bastaron para situarlo a la cabeza de los cuentistas de su generación, con una prosa impecable en la que aborda el trasfondo psicológico en la conducta de personajes urbanos zarandeados por las circunstancias y los enigmas del ser.

De aquella generación excepcional, el único maestro vivo y activo hoy día es Marcio Veloz Maggiolo (1936), Premio Nacional de Literatura 1996. Poeta, excelente narrador y ensayista, antropólogo e historiador, su vasta obra sigue fluyendo contra viento y marea, desde las entrañas de su barrio natal, esa Villa Francisca que emerge de continuo en sus cuentos y novelas, hasta los intersticios de la dictadura de Trujillo (1930-1961) en los que ha sabido hurgar en busca de un perfil de nuestra mayor tragedia política del siglo XX, y de los mitos y sincretismos culturales que perfilan la idiosincrasia nacional. Sus novelas, que han alcanzado difusión internacional gracias a las publicaciones de editoriales como Monte Ávila, Siruela y Alfaguara, entre otras, se proyectan hoy como muestras de un creador que no ha cesado de renovarse y de contribuir al enaltecimiento de nuestras letras desde que inició su carrera de escritor.

II Pilares y relevos

Toda literatura presenta una trayectoria continua a través del tiempo. Se trata de un movimiento perpetuo pese a los choques entre tradición y ruptura, estabilidad y desequilibrio, permanencia y cambio, el canon establecido y las innovaciones de vanguardia. Un proceso, en fin, en el que se alternan corrientes, movimientos, promociones, escuelas, voces y grupos que, amalgamados o contrapuestos, dibujan el perfil de las letras de un país. La literatura dominicana del siglo XXI es heredera directa del anterior, sobre todo de los creadores que poco más de medio siglo antes, a partir de 1960, marcaron con sus obras y acciones el momento histórico que les tocó vivir y en el que soñaron y publicaron. Muchos de ellos ya no están entre nosotros, pero otros siguen activos y continúan adelante haciendo importantes y trascendentes contribuciones literarias. Son ellos los que en parte tienen sobre sus hombros la responsabilidad de nuestros avances o retrocesos en materia literaria.

Aún resuena con todo su fragor la «cultura de la protesta» al inicio de los sesenta del siglo XX cuando, enfrentándose a una tradición que era no solo literaria, sino también política y social, las nuevas promociones quisieron dar al traste con todo el legado anterior. De un lado de las trincheras, emergieron *El viento frío* (1967) de René del Risco Bermúdez (1937-1972), y *La guerra y los cantos* (1972) de Miguel Alfonseca (1942-1994), figuras conspicuas de la transición entre dictadura y democracia y dos de los representantes más aguerridos de la llamada Generación del 60. Del otro lado, el *Diario de la guerra* y *Los dioses ametrallados* (1967) de Héctor Incháustegui Cabral (1912-1979), un entrañable poeta que al publicar aquel libro de dolor y culpa apenas tenía cincuenta y cinco años de edad, aunque era ya todo un maestro y respetado guía, y una figura tutelar que, más por razones políticas que literarias, a juicio de los belicosos representaba al «antiguo régimen», con todas las implicaciones de este calificativo.

Si se revisa la bibliografía publicada, durante más de una década a partir del magnicidio del 30 de mayo de 1961, la literatura dominicana –poesía, cuento, novela, teatro, ensayo– estuvo casi enteramente dominada por cuatro obsesiones mayores: la dictadura de Trujillo, el golpe de Estado contra Bosch en septiembre de 1963, la Revolución de Abril de 1965 y la segunda ocupación norteamericana de aquel mismo año.

Fueron muchos los jóvenes escritores que formaron parte de ese conglomerado de voces agrupadas en lo que el recordado poeta y ensayista Enriquillo Sánchez (1947-2004) denominó «poesía bisoña» y, salvo los que ya han fallecido, ahora deseo mencionar los nombres de los más activos en la actualidad, aunque retomaré los nombre de algunos de ellos más adelante: Jeannette Miller (1944), Norberto James Rawlings (1945), Andrés L. Mateo (1946), Mateo Morrison (1946), Miguel Aníbal Perdomo (1949), Alexis Gómez (1950), Soledad Álvarez (1950), Tony Rafal (1951), Radhamés Reyes Vásquez (1952), y Pedro Pablo Fernández (1953). Ese grupo, bautizado como «poesía bisoña» por Enriquillo Sánchez en su tesis de grado fue objeto de amplios estudios realizados en gruesos volúmenes por el recordado poeta y crítico chileno Alberto Baeza Flores (1914-1998). Varios se han desarrollado posteriormente en otras direcciones, con resultados encomiables, como Héctor Díaz Polanco (1936), que ha hecho en México una exitosa carrera de catedrático y antropólogo; Wilfredo Lozano (1950) en sociología, y Diómedes Núñez Polanco (1952) en historia.

La «cultura de la protesta» abarcó una multiplicidad de expresiones culturales en la que también había artistas plásticos, músicos y gente de teatro, entre los cuales se hallaba Iván García (1938), que iba a convertirse en un dramaturgo fundamental de la modernidad desde que dio a conocer *Más allá de la búsqueda* (1967). Entre esas manifestaciones iconoclastas hay que mencionar al movimiento «Arte y Liberación», creado por el pintor Silvano Lora (1931-2003), así como el «Frente Cultural», que publicó un manifiesto firmado por escritores y artistas de varias generaciones. Surgieron también numerosos grupos literarios, como «El Puño», «La Isla», «La Máscara» y «La Antorcha».

Entre los años sesenta y setenta se produjo una proliferación de narradores influidos por los aportes del «boom latinoamericano», primero a través del concurso de «La Máscara», cuya primera edición se realizó en 1966, con un jurado presidido por Juan Bosch, Héctor Incháustegui Cabral y Máximo Avilés Blonda (1931-1988) y luego nucleados en Casa de Teatro (1974), entidad fundada por el gestor cultural y escritor Freddy Ginebra (1944), a través del Concurso de Cuentos, auspiciado entre 1977 y 2009 por el Grupo León Jimenes. Fueron los años en que brillaron narradores de la estatura de Pedro Peix (1952-2015), invicto con el primer premio en ocho oportunidades, Armando Almánzar Rodríguez (1935-2014), Diógenes Valdez (1941-2014), Arturo Rodríguez Fernández (1948-2010),

Ángela Hernández Núñez (1954) y René Rodríguez Soriano (1950), entre otros.

La creación de los Premios Siboney por el empresario Vincenzo Mastrolilli Bastiani (1928-2014), constituyó otro acontecimiento de relieve en la cultura dominicana contemporánea. Logró integrar a un jurado de lujo en las tres categorías establecidas, teniendo como secretario al escritor Marcio Veloz Maggiolo. Durante ocho años (1977-1985) estos galardones contribuyeron a reanimar la actividad literaria local y sobre todo a descubrir nuevos talentos, algunos muy jóvenes entonces, que hoy forman parte de los maestros de las letras nacionales. Ese distinguido jurado estuvo integrado por Manuel Rueda, Freddy Gatón Arce (1920-1994) y Máximo Avilés Blonda en «Poesía», Freddy Prestol Castillo (1913-1981), Virgilio Díaz Grullón, Ramón Francisco (1929-2004) y Antonio Zaglul (1920-1996) en «Literatura», y Pedro Troncoso Sánchez (1904-1989), Héctor Incháustegui Cabral y Hugo Tolentino Dipp (1930) en «Ensayo».

De la cantera de talentos descubiertos por los Premios Siboney surgieron los poetas Juan Carlos Mieses (1947), José Enrique García (1948), Cayo Claudio Espinal (1955), y Manuel García Cartagena (1961); el narrador Manuel Mora Serrano (1933), y escritores ya reconocidos como Carlos Esteban Deive (1935) y Bruno Rosario Candelier (1941).

La década de los ochenta, la llamada «*década perdida*», etapa de crisis económica y política, pero también existencial y de anhelos colectivos de superación, produjo una nueva hornada de escritores nucleados en torno a la denominada «Generación del 80», con el poeta José Mármol (1960) a la cabeza como creador y propulsor de una «*estética de ruptura*» portadora de un nuevo «*lenguaje generacional*» y novedosos tratamientos formales. La poesía de este grupo intentaba destruir cánones, liberarse de las amarras de un viejo universo de imágenes y metáforas, estructurando una «*poética del pensar*», es decir, un poema concebido como «*un hecho de lenguaje*». En este grupo se aglutinaban algunas de las voces que hoy han alcanzado posiciones relevantes en las letras locales, como Plinio Chahín (1959), Tomás Castro Burdiez (1959), César Augusto Zapata (1959), Martha Rivera (1960), Miguel D. Mena (1961), Aurora Arias (1962), Fernando Cabrera (1964), José Alejandro Peña (1964) y Médar Serrata (1964), entre otros.

Algunos narradores publicaron obras relevantes entre la década de los ochenta, noventa y principios de este siglo, como los fenecidos Manuel

Rueda, *Bienvenida y la noche* (1994); Ricardo Rivera Aybar (1940-2014), *El reino de Mandinga* (1987); Viriato Sención (1942-2012), *Los que falsificaron la firma de Dios* (1992); Manuel Salvador Gautier (1930), *Tiempo para héroes* (1993); y Avelino Stanley (1959), *Tiempo muerto* (1998). Junto a este puñado de novelas aparecieron colecciones de relatos de Rafael Peralta Romero (1948), *Diablo azul* (1992); José Bobadilla (1955), *Abalorios* (1982); Rafael García Romero (1957), *Historias de cada día* (1995); Luis Arambilet (1957), *Los pétalos de la Cayena* (1993), Juan Manuel Prida (1956), *En la luz de la noche* (1999); Pedro Antonio Valdez (1968), *Papeles de Astarot* (1992); Luis Martín Gómez (1962), *Dialecto* (1999); Manuel Llibre Otero (1966), *Serie de senos* (1992); Pastor de Moya (1965), *Buffet para caníbales* (2002), y Máximo Vega (1966), *Juguete de madera* (1996).

Después de los «novísimos» de los años noventa, como fueron calificados entonces, han seguido emergiendo nuevos representantes de las letras nacionales, tanto en la capital como en el interior del país. Enumerarlos siquiera es una tarea que convertiría mi intervención en un ejercicio agotador, pero deseo resaltar los nombres de Miguel Collado (1954), Aquiles Julián (1953), Eduardo Gautreau de Windt (1962), Pablo Jorge Mustonen (1963), Nan Chevalier (1965), Luis Toirac (1966), Valentín Amaro (1969), Moisés Muñiz (1969), Fari Rosario (1981) y Frank Báez (1978), un joven poeta y narrador que es algo más que una promesa, quien ha recibido ya varios premios y cuenta con una envidiable bibliografía en los mencionados géneros.

El Premio Nacional de Literatura, máximo reconocimiento otorgado una sola vez a un hombre o mujer de letras en la República Dominicana por la obra literaria de toda una vida, ha tenido veinte ediciones desde el año 2000 hasta el presente. El grupo que integran estos distinguidos galardonados constituye de por sí un sector privilegiado en el panorama cultural de la nación. Entre ellos han fallecido cinco hasta el presente: Víctor Villegas (1924-2011), el recordado poeta de la Generación del 48; Hilma Contreras (1913-2001), primera mujer en obtenerlo, quien inició su trayectoria narrativa en los tiempos de la Poesía Sorprendida y se mantuvo activa hasta sus años finales; el narrador y ensayista Diógenes Valdez, autor

de numerosos libros; la historiadora y animadora cultural María Ugarte (1914-2011), española de nacimiento y dominicana de adopción que tanto contribuyó a estimular a las nuevas promociones literarias desde las páginas del matutino «El Caribe»; y el narrador y crítico de cine Armando Almánzar Rodríguez, que realizó una incansable labor de orientación a los cinéfilos dominicanos durante más de medio siglo mientras escribía sus libros.

Los demás integrantes están encabezados por el novelista e historiador Carlos Esteban Deive, autor de algunas de las obras fundamentales en la intelección de la cultura nacional, quien no ha cesado de entregar al público lector nuevas e importantes obras; Franklin Domínguez (1931), que es estupendo actor y director teatral y un dramaturgo cuya extensa obra logra enlazar lo popular y lo culto en numerosos dramas, comedias y sátiras que se caracterizan por su dinamismo y su frescura; Andrés L. Mateo, poeta, narrador y ensayista que ha sondeado los oscuros meandros de la cultura dominicana en la Era de Trujillo, así como la dimensión universal de la obra de Pedro Henríquez Ureña, entre otras, y que se mantiene como una conciencia alerta ante la realidad dominicana actual, a través de su participación en la prensa escrita y los medios televisivos; Diógenes Céspedes (1941), crítico literario formado en Francia, con una obra con la que ha combatido la visión tradicional de la crítica dominicana, así como director de una importante revista, los *Cuadernos de poética*; Bruno Rosario Candelier, creador del Movimiento Interiorista, ensayista y crítico fecundo y director de la Academia Dominicana de la Lengua.

En los últimos años, varios escritores han conquistado el codiciado premio, entre los que se encuentran Mateo Morrison, poeta, incansable promotor de nuevos talentos y organizador de congresos anuales de poesía; Jeannette Miller, cuya obra abarca la crítica de artes visuales, la narrativa y el ensayo, quien ha reunido toda su obra poética en *Testigo de la luz. Poemas 1962-2016*; José Mármol, quien obtuvo en Madrid el XII Premio Casa de América de Poesía Americana 2012 por su hermoso libro *Lenguaje del mar*; Tony Rafal, que a sus dotes de poeta une las de politólogo y agudo ensayista de temas sociopolíticos y estudios sobre figuras señeras de la historia contemporánea dominicana; Roberto Marcallé Abreu (1948), esencialmente narrador, con una obra extensa en novela y cuento, pero también incansable periodista; Ángela Hernández Núñez, poeta, narradora y fotógrafa, feminista activa y corresponsal en impor-

tantes eventos internacionales; Federico Henríquez Grateraux (1937), ensayista, autor de una serie de interesantes obras de interpretación sobre la historia y la sociedad dominicanas; Manuel Salvador Gautier, narrador de una extensa obra y coordinador del Grupo Mester de Narradores de la Academia Dominicana de la Lengua, galardonado con el Premio «Don Eduardo León Jimenes» de la Feria del Libro de Santo Domingo 2010, por su novela *Dimensionando a Dios* (2010) sobre el patricio Juan Pablo Duarte (1813-1876); y Manuel Matos Moquete (1944), lingüista, narrador y ensayista, quien ha realizado un importante aporte en la investigación del discurso literario hispanoamericano.

Uno de los rasgos más estimulantes de las letras dominicanas contemporáneas es la intensa presencia pública de las escritoras. Desde mediados del siglo pasado existe una febril actividad creadora realizada por mujeres de distintas promociones. Han quedado definitivamente atrás los tiempos en que Aída Cartagena Portalatín (1918-1994) levantara su estandarte con *Una mujer está sola* (1953), un libro emblemático de mediados del siglo XX. A partir de los años sesenta del siglo pasado comenzó la proliferación de voces que hoy forman parte de una corriente proteica que ha contribuido a la diversidad y enriquecimiento de nuestra literatura. Entre las escritoras de mayor proyección encontramos dos ya mencionadas que forman parte del conjunto de los Premios Nacionales de Literatura; me refiero a Jeannette Miller y Ángela Hernández.

Una de las escritoras más representativas de la modernidad literaria nacional es Soledad Álvarez, que inició su carrera literaria con el grupo de la Joven Poesía en los años sesenta, la continuó después de su regreso de Cuba, donde estudió, siendo ganadora de un Premio Siboney con *La magna patria de Pedro Henríquez Ureña* (1980), y se consolidó como poeta con *Vuelo posible* (1994). A estos títulos se suman *Las estaciones íntimas* (2006) y *Autobiografía en el agua* (2015), ambos Premios Anuales de Poesía, para constituirse en una sobresaliente poeta de nuestro tiempo. Ella comparte su quehacer lírico con el ensayo crítico y una valiosa colaboración en antologías y libros sobre el ser dominicano.

Entre las voces de la actualidad podemos mencionar a Scherezada Vicioso «Chiqui» (1948), fundadora del «Círculo de Mujeres Poetas»

(1983), feminista activa, ensayista política, estudiosa de la obra de Julia de Burgos (1914-1953), dramaturga que ha sabido recoger el drama de la mujer dominicana, como lo prueba *Andrea Evangelina* (2019), su última obra teatral. Asimismo, Ida Hernández Caamaño (1949), que en lo esencial es poeta, como se evidenció en su primer libro, *Viajera del polvo* (1993), en *El amor todos los días* (2001) y en su obra más reciente, *La mirada* (2015), que es un conjunto de textos en los que la evocación y la nostalgia se cuelan de continuo en la observación de los seres y las cosas; y Lucía Amelia Cabral (1950), que entre todas las escritoras dedicadas en cuerpo y alma a la literatura para niños constituye, desde sus inicios como narradora en *Hay cuentos que contar* (1983), un inmejorable ejemplo de constancia y dedicación en el difícil arte de seducir a los niños con historias de alma poética.

Varias escritoras han incursionado en la narrativa, como la recordada Ligia Minaya (1941-2018), Emelda Ramos (1948), en cuyas obras se dan la mano lo popular y lo culto; Ofelia Berrido (1951), activista de la Academia Dominicana de la Lengua y autora de algunas novelas de corte psicológico; Carmen Imbert Brugal (1955), narradora, combativa abogada y comunicadora social, cuyo universo literario es implacablemente crítico con las imposturas de nuestras clases media y alta; Mu-Kien Sang Ben (1955), autora de valiosas monografías de presidentes del siglo XIX y columnista en varios medios de comunicación; la poeta y dramaturga Sabrina Román García (1956), en cuyo conmovedor libro de memorias *Nuestras lágrimas saben a mar* (2016) intenta reivindicar la vida de su padre.

Varias escritoras completan este cuadro general: la poeta Carmen Sánchez (1960), Martha Rivera, la poeta y narradora representativa de la Generación del 80, cuya novela *He olvidado tu nombre* obtuvo el Premio Internacional de Novela de Casa de Teatro en 1997; Aurora Arias, poeta y cuentista, autora de relatos provocadores; Emilia Pereyra (1963), narradora y comunicadora, galardonada con el Premio Nacional de Periodismo 2019, y autora de varias novelas, algunas de carácter histórico. Su obra *Cenizas del querer* (2000) fue semifinalista del Premio Planeta 1998; Ylonka Nacidit Perdomo (1965), poeta y ensayista que se ha ocupado de estudiar y divulgar la obra de otras escritoras dominicanas como Hilma Contreras y Altagracia Saviñón (1886-1942); y Minerva del Risco (1961), poeta y ensayista, que no ha podido eludir reclamos interiores que la lleven al campo de las letras, autora del libro de prosa poética *Virutas de miel*

(2017) y *El envés de mil voces* (2018), en el que campan por sus fueros las ensoñaciones de la memoria y la nostalgia.

¿Qué está pasando ahora en la literatura dominicana? Como dije al inicio en esta parte, salvo uno, han partido hacia la eternidad los maestros indiscutibles de las letras nacionales, entre los que no podemos olvidar una figura venerable, el respetable poeta y jurista Lupo Hernández Rueda (1930-2017), y ahora, en el ambiente atomizado del siglo XXI, las antorchas han quedado en otras manos, algunas de ellas muy vigorosas, lo que augura un futuro promisorio. En Santo Domingo hay una intensa actividad teatral, con alguna obra ocasional de Franklin Domínguez, Iván García, Haffe Serulle (1947), Giovanni Cruz Durán (1953), o Reynaldo Disla (1956), entre otros, con montajes realizados por gente que sabe de teatro, o grupos experimentales que se arriesgan con obras serias. Aunque debemos admitir que no todo lo que brilla es oro de buena ley –algo similar ocurre en el cine local–, debido a la frecuencia de un teatro en gran parte intrascendente, de comedias ligeras e insustanciales dirigidas a un público poco exigente.

Hubo un tiempo en que varios músicos sobresalientes eran al mismo tiempo estupendos escritores, y hablo ahora no solo del conocido caso de Manuel Rueda, sino también de intérpretes que publicaron mucho, como Jacinto Gimbernard (1931-2017), recordado violinista y director de orquesta, autor de *Medalaganario* (1980), una obra única en su género, que oscila entre la biografía y las memorias de una época, pero escrita con tal exquisitez que sigue siendo un clásico contemporáneo; Aída Bonnelly de Díaz, pianista, animadora cultural y maestra, que también incursionó en algunos géneros literarios; Arístides Incháustegui (1938-2017), músico e historiador que luego de realizar una fulgurante carrera como tenor se consagró a historiar toda la vida musical dominicana, de la que dejó varios volúmenes de gran valor histórico.

La República Dominicana de hoy es escenario de una proliferación de escritores que provienen de las ciencias sociales, algunos brillantes, como el reputado historiador Frank Moya Pons (1944), muy conocido por su *Manual de historia dominicana* (1992), autor de unas invaluable bibliografías de la literatura dominicana que resultan indispensables para

estudiosos e investigadores, pero quien ha sabido también abordar temas que en manos de otros habrían decepcionado al público lector, y que ha tenido la lucidez de escribir un libro como *El gran cambio: la transformación social y económica de la República Dominicana, 1963-2013* (2014), obra que considero esencial para comprender el proceso de desarrollo de nuestro país. Caso parecido presenta el historiador y empresario Manuel García Arévalo (1948), cuya obra no se limita, como a veces se piensa, al período colonial y las relaciones entre España y Santo Domingo, sino que tiene un alcance más universal en nuestra cultura, incluyendo el carnaval, las tertulias de antaño, la presencia de los españoles en Santo Domingo, entre otros. Junto a su esposa, la socióloga Francis Pou León (1954), García Arévalo está realizando una encomiable labor de rescate histórico e interpretación.

Otros historiadores han contribuido a enriquecer la bibliografía de los siglos XIX y XX, entre los que debemos mencionar a Jorge Tena Reyes (1927), autor de la antología más completa sobre Juan Pablo Duarte, galardonado con el Premio «Don Eduardo León Jimenes» en la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo 2017 por su obra *Pedro Henríquez Ureña. Esbozo de su vida y de su obra*; Manuel Núñez (1957), que en 1990 impactó nuestro medio intelectual con la primera edición de su obra *El ocaso de la nación dominicana*; Juan Daniel Balcácer (1949), especialista en los héroes y acontecimientos de la Independencia Nacional; José Chez Checo (1949), investigador y editor, cuyas obras cubren una amplia gama de temas; Orlando Inoa (1957), autor de una ambiciosa *Historia dominicana* (2013) que constituye un intento totalizador desde el descubrimiento hasta nuestros días; Miguel Guerrero (1945), periodista e historiador, que con su libro *Al borde del caos* (1999) recibió el Premio Anual de Historia y mejor libro en la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo en el año 2000; y Carlos Andújar Percinal (1956), que ha buceado en las raíces de nuestra idiosincrasia en busca de una definición de la «dominicanidad».

En otro orden, hay también arquitectos que bordean la poesía, como es el caso de José Enrique Delmonte Soñé (1964), autor de *Alquimias de la ciudad perdida* (2009), galardonado en España con el Premio Iberoamericano de Poesía de la Feria del Libro de Madrid 2014 por el libro *Once palabras que mueven tu mundo*, y el XV Premio Internacional de Poesía León Felipe 2016 por *La redondez de lo posible* (2017); o médicos de

bien ganado prestigio en su profesión que han incursionado con fortuna en el ensayo literario y las relaciones entre la estética y el cuerpo humano, a través de un lenguaje diáfano de gran poder de comunicación, como se evidencia en la obra *Estrictamente corpóreo* (2018) del reconocido cardiólogo Jochy Herrera (1958).

Tenemos noción de la actividad literaria que se hace hoy día en el país gracias a la presencia de varios escritores que nos mantienen informados en las páginas de la prensa local. En primer lugar, justo es reconocer el extraordinario trabajo crítico y de divulgación realizado por el poeta y ensayista José Rafael Lantigua (1949), autor de numerosos libros, entre los que deseo resaltar los siete volúmenes bajo el título *Espacios y resonancias* (2015), algo sin parangón en nuestro ámbito literario, a los que se suma *Un encuentro con el Comandante. Letras racionadas* (2016), de la Colección del Banco Central de la República Dominicana, y sus esperados comentarios sabatinos en el «Diario Libre», medio de comunicación que dirige el historiador Adriano Miguel Tejada (1948) y en el que también publica sus memoriosas crónicas el sociólogo José del Castillo Pichardo (1947).

En las páginas del «Listín Diario» publica el escritor, crítico de cine y periodista Luis Beiro (1950), otro aliado de las mejores causas entre los nuevos talentos y los buenos escritores establecidos. En «El Caribe» tiene su espacio el conocido narrador, publicista y crítico de cine Efraím Castillo (1940), muy leído por sus entregas semanales. En ese mismo matutino publica sus artículos el intelectual Pedro Delgado Malagón (1944), autor de un hermoso libro reciente, *Turismo dominicano: 30 años a velocidad de crucero* (2018), auspiciado por el Banco Popular Dominicano. Desde Puerto Rico nos llegan periódicamente los comentarios críticos del escritor y catedrático Miguel Ángel Fornerín (1961), autor de *El canon horizontal* (2018), y los incisivos comentarios de Giovanni Di Pietro (1944), poeta, crítico literario y catedrático de origen italiano. En «Areito» del periódico «Hoy», leemos los análisis literarios del poeta y ensayista Basilio Belliard (1966), que durante años dirigió la revista *País Cultural* del Ministerio de Cultura de la República Dominicana; así como los trabajos de crítica de arte de Marianne de Tolentino (1936), los comentarios de Delia Blanco (1952) acerca de la cultura nacional y antillana, sobre todo las islas francófonas del Caribe; y los análisis del filósofo Fidel Munnigh (1962) sobre arte y estética.

III Letras de ultramar

Un filón inagotable de la literatura dominicana contemporánea es el que producen los hombres y mujeres que viven y escriben en ciudades y países fuera del marco insular. Hablar de ellos como creadores de la «diáspora» sería reducir el alcance de su labor y subestimar la dimensión de su trabajo, por lo que prefiero la expresión «letras de ultramar», que resulta no solo más objetiva sino también más justa y abarcadora.

Todos conocen la resonancia intercontinental de Julia Álvarez (1950), estupenda narradora, galardonada por el presidente Barack Obama (1961) con la «Medalla Nacional de las Artes y las Humanidades» por sus contribuciones a la literatura, y autora, entre otras obras trascendentes, de la conocida novela *En el tiempo de las mariposas* (1994), la trágica historia de las hermanas Mirabal, asesinadas por la tiranía de Trujillo en las postrimerías de su régimen, y que fuera llevada al cine con la actriz Salma Hayek (1966) en el papel de la aguerrida Minerva Mirabal (1926-1960). El otro notable escritor es Junot Díaz (1968), ganador del Premio Pulitzer 2008 por *La maravillosa vida breve de Oscar Wao*, seleccionada por los críticos estadounidenses, según una encuesta de la BBC Culture, como la mejor novela en lo que va del siglo veintiuno. Pero ambos, conviene precisarlo, son dos autores que emigraron con sus respectivas familias, desde Santo Domingo hacia los Estados Unidos cuando eran apenas unos niños. Allí crecieron y aprendieron el inglés y ambos han desarrollado su carrera literaria en ese idioma.

Otra ha sido la trayectoria de aquellos hombres y mujeres de letras que en un momento de sus vidas adultas emigraron a los Estados Unidos, Puerto Rico, América del Sur, España, Alemania y otros destinos del viejo continente, en busca de mejores horizontes laborales y creativos. En sus nuevos lugares de residencia han tenido que enfrentar las duras pruebas de ser un forastero en tierras lejanas, sin importar su formación ni sus niveles de instrucción. Han tenido que padecer en carne propia los latigazos de la xenofobia, la discriminación, la distancia cultural, la exclusión en todas sus variantes, incluso por los propios conciudadanos, como asegura la ensayista y educadora Ramona Hernández (1954): «En cada una de las ocasiones, los dominicanos me preguntan de dónde soy o me dicen: ‘¿Usted no es de aquí, verdad?’», un sutil matiz de diferenciación y de distancia-

miento. Pues como dice el escritor y crítico Miguel Ángel Fornerín: «Los dominicanos de la diáspora, cobijados por el ‘dominicanyork’, como el puertorriqueño bajo el ‘neorrican’, no solamente son aceptados con ciertas reservas morales y sociales, sino que su lengua les delata, cual haitiano en una redada dominicana, en una batida borinqueña. La opinión popular los separa al margen de la otredad: ‘eso es otra cosa’».

Venciendo, pues, todo tipo de obstáculos, hombres y mujeres dominicanos dedicados al estudio, la investigación y la escritura, han logrado crear un espacio propio en aquellos ambientes donde piensan, trabajan y sueñan, llegando a convertirse en catedráticos respetables y en administradores educativos de prestigio, al mismo tiempo que van dejando en el camino sus poemarios, libros de cuentos, novelas, ensayos, muchas veces de tanta solidez escritural y alcance universal que igualan, cuando no superan, las creaciones publicadas por connotadas figuras locales en la isla.

En los Estados Unidos reside el grupo más nutrido de escritores dominicanos relevantes, entre los que se han abierto paso Norberto James Rawlings, que ya era un poeta de cuerpo entero cuando dejó Santo Domingo y que en el exterior ha continuado su proceso de ascenso con nuevos aportes poéticos de relevancia; Miguel Aníbal Perdomo, narrador y ensayista que mantiene una intensa actividad académica y literaria en Nueva York y un asiduo contacto con nuestro país; Rei Berroa (1949), dinámico poeta y ensayista de esmerada formación, responsable de haber preparado, en 1988, el primer número especial dedicado a la literatura dominicana del siglo XX en la prestigiosa *Revista Iberoamericana*, y que luego fue recogido íntegramente en la Colección del Banco Central de la República Dominicana bajo el título de *Aproximaciones a la literatura dominicana 1930-1980*, seguido de un segundo volumen de título similar, que abarca de 1981 a 2008; el poeta Luis Manuel Ledesma, la poeta y ensayista Josefina de la Cruz (1949), la ensayista y educadora Daisy Cocco de Filippis (1949), fundadora de la Asociación de Estudios Dominicanos en The City University of New York y la Tertulia de Escritoras Dominicanas en New York, para quien esa ciudad es el lugar donde «debo escribir y construir, y continuar siendo parte de una comunidad de almas que luchan para crear un espacio para aquellas y aquellos que, como yo un día, asistan a las escuelas en busca de respuestas».

Entre otros escritores notables debemos mencionar a René Rodríguez Soriano, poeta y narrador de fuste cuya obra revela los vasos comunican-

tes entre poesía y cuento, e infatigable difusor de las letras dominicanas en la publicación digital *Media Isla*; la poeta y escritora de literatura infantil Carmen Dinorah Coronado (1950), finalista en el Premio de Poesía Biblioteca del Congreso 1996; el catedrático Manuel A. Ossers (1950), autor de varios libros de ensayos sobre escritoras hispanoamericanas; los narradores José Carvajal (1960), Tomás Modesto Galán (1950), Ángel Garrido (1949), autor de la novela *Génesis si acaso* (2003), que obtuvo el Premio Anual de Novela en 2004; Jorge Piña (1959), creador de la Escuela Internacional de Metapoesía (1990); César Sánchez Beras (1962), poeta y autor de literatura infantil; Marianela Medrano (1964); el poeta y cineasta José Alejandro Peña (1964), Premio Anual de Poesía 1986; el galardonado poeta y ensayista León Félix Batista (1964); Marisela Rizik (1957), autora de la novela *El tiempo del olvido* (2003), traducida al inglés por Isabel Z. Brown bajo el título de *Of Forgotten Times* (2004); y Juleyka Lantigua (1975), ganadora del Black Woman Distinction Award.

También en Norteamérica viven y enseñan: el investigador, ensayista y antólogo Franklin Gutiérrez (1951), Comisionado de Cultura en los Estados Unidos de América, considerado casi a unanimidad como el intelectual más consagrado al estudio y divulgación de las contribuciones literarias de sus compatriotas en los Estados Unidos; Silvio Torres Saillant (1954), incisivo educador y ensayista que ha dirigido el Instituto de Estudios Dominicanos en Nueva York, cuyos esclarecedores trabajos buscan siempre trazar un perfil étnico-cultural de lo dominicano en el exterior; Fernando Valerio Holguín (1956), poeta, narrador y catedrático; los dramaturgos Lucía Taveras (1952) y Diógenes Abreu (1959); así como Rhina Espaillat (1932), Josefina Báez (1960), Homero Pumarol (1971), Nelly Rosario (1972) y Kianny Antigua (1979).

Algunas de las voces más sobresalientes son las del laureado escritor José Acosta (1964), que ha obtenido en La Habana, Cuba, el Premio Casa de las Américas 2015 en la categoría de Literatura Latinoamericana en los Estados Unidos, por su novela *Un kilómetro de mar* (2014); Médar Serrata, autor de *La poética del trujillismo: épica y romance en el discurso de 'la Era'* (2016), obra galardonada con el Premio Anual de Ensayo del Ministerio de Cultura de nuestro país; el talentoso Rey Andújar (1977), premiado en 2009 por el PEN Club de Puerto Rico por *Candela* (2007) y en el VI Concurso Latinoamericano y Caribeño de Narrativa Alba de Novela por *Los gestos inútiles* (2015); y Rita Indiana Hernández (1977), seleccio-

nada por el diario «El País» como una de las «cien personalidades latinas más influyentes», y autora de *La mucama de Omicunlé* (2015), finalista, en Lima, Perú, de la Segunda Bienal de Novela Mario Vargas Llosa, y el Gran Premio de Literatura 2017 de la Asociación de Escritores del Caribe.

En Puerto Rico encontramos otro importante grupo de escritores: el excelente poeta Carlos Roberto Gómez Beras (1959), como lo demostró en su libro *Sólo el naufragio* (2018), catedrático y creador de Isla Negra, la editorial que ha tenido el mérito de integrar en sus publicaciones a escritores del Caribe hispano; el catedrático Eugenio García Cuevas (1961), que desarrolla una extraordinaria labor desde hace varias décadas. Es él quien ha dicho, refiriéndose al fenómeno del migrante, que: «La extranjería no empieza en la llegada sino en la distancia que ha sido definida mucho antes. Si bien lo extranjero se corrobora en la superficie de una voz diferente, ya registrada y domesticada, no basta con esto: el que llega también viene con su propio extranjero en el interior y lo reconoce en el que encuentra en el paraje adonde llega». En el ámbito académico de Canadá ha encontrado su espacio Néstor Rodríguez (1971), cuya obra *Crítica para tiempos de poco fervor* (2009) ofrece un diagnóstico demoledor sobre la crítica dominicana actual, a la que califica de «estar poseída por una combinación de egoísmo, pereza y vanidad».

Un valioso conjunto de lingüistas, historiadores y sociólogos viene desarrollando en ultramar una sistemática labor de investigación y publicación de obras indispensables, como la historiadora Valentina Peguero (1944), que ha analizado el papel de la mujer en la historia militar de la República Dominicana; Pedro Ureña Rib (1945), quien junto a Jean-Paul Duviols ha publicado un diccionario totalizador, titulado *El Caribe. Sus intelectuales, sus culturas, sus artistas, su historia, sus tradiciones populares* (2014). En esta línea académica se sitúan los lingüistas Rafael Núñez Cedeño (1946) y Orlando Alba (1948), cuyos aportes a la dilucidación de las características y evolución del ‘español dominicano’ han sido decisivos en los estudios del idioma. De igual modo, el trabajo de análisis político de la socióloga Rosario Espinal (1955), profesora emérita en la Universidad de Temple en Filadelfia, ha sido esencial en la comprensión de la dinámica sociopolítica del país y el papel de los partidos políticos en el proceso democrático.

Este recorrido por letras dominicanas de ultramar, quedaría incompleto sin una breve mención a los hombres y mujeres creadores de litera-

tura que en España vienen realizando una activísima labor de producción y difusión con la que prueban la vitalidad de nuestra literatura en este gran país. Entre los más sobresalientes figuran los escritores Fausto Leonardo Henríquez (1966), ganador del XXIX Premio Mundial de Poesía Mística «Fernando Rielo» en Roma, Italia, por su libro *Gemidos del ciervo herido* (2009); el narrador Daniel Tejada (1967), presidente de la Asociación Cultural y de Cooperación al Desarrollo Biblioteca República Dominicana (ACUDEBI); Bernardo Silfa Bor (1967), Mayobanex Pérez (1967), Ana María Céspedes Calderón (1953), Sol Lora (1965), Rosalía Mejía Goico (1963), Marielys Duluc Reyna (1987), Rosa Silverio (1978), Alejandro González Luna (1983), que obtuvo el Premio Internacional de Poesía Emilio Prados 2016, Roberto García (1971) y Virginia Read Escobar (1963).

El caso de los «escritores-diplomáticos», los activos, o los que han representado al país en otras naciones durante un tiempo en el pasado, estimo que algunos merecen mención especial en este recuento panorámico de nuestras letras. Entre los más connotados se encuentran: el economista e historiador Bernardo Vega (1938), cuatro veces ganador del premio anual de historia, el Premio «Don Eduardo León Jimenes» de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo 2005, autor de la más extensa bibliografía sobre Trujillo y los Estados Unidos. En los últimos años ha volcado parte de su apasionada tarea intelectual en la redacción y publicación de sus memorias, *Intimidaciones en la Era Global* (2016), de las que ha dado a conocer dos volúmenes hasta ahora. También el sociólogo Pablo Maríñez (1943), autor de un importante libro titulado *Estado y clases sociales en la Era de Trujillo 1935-1960*, quien luego de desempeñar las funciones de embajador en varios países, ha retornado a su cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde es una figura muy respetada. Asimismo, Fernando Pérez Memén (1943), autor de una serie de obras sobre la iglesia y el Estado en la República Dominicana, la historia de las ideas y las relaciones de nuestro país y México; y Pedro Vergés (1945), poeta y novelista, actualmente embajador dominicano en Canadá, autor de *Solo cenizas hallarás (bolero)* (1980), a mi juicio una de las más importantes novelas dominicanas de las últimas dos décadas del siglo pasado.

De igual modo, León David (1945), con una vasta obra en poesía, ensayo, crítica literaria y teatro; el sociólogo Rubén Silié (1946), que escribió *La nueva inmigración* (2002) y una serie de ensayos sobre las

relaciones entre Haití y la República Dominicana; el psicólogo Erasmo Lara Peña (1947), que se desempeñó como diplomático en varios países y como jefe de la Misión Dominicana ante las Naciones Unidas (ONU); el periodista Aníbal de Castro (1949), ex embajador en España y autor de una leída columna semanal en un popular matutino nacional; el periodista y ensayista Víctor Grimaldi (1949), actual embajador ante la Santa Sede y autor de varios libros sobre Juan Bosch y la Revolución de Abril de 1965; el historiador de arte Cándido Gerón (1950), autor de numerosos diccionarios y obras interpretativas de las artes plásticas dominicanas; el crítico y narrador Guillermo Piña Contreras (1952), que ha realizado importantes ensayos sobre Pedro Henríquez Ureña y Juan Bosch, además de haber publicado varias novelas, algunas traducidas al francés, y quien, con *La reina de Santomé [Historia de la vida de provincia]* (2018), ha sido galardonado con el Premio «Don Eduardo León Jimenes» en la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo 2019; el militar e historiador José Miguel Soto Jiménez (1956); Flavio Darío Espinal (1957), autor de *Constitucionalismo y procesos políticos en la República Dominicana*, obra ganadora del Premio Anual de Ensayo «Pedro Henríquez Ureña» 2001; Miguel D. Mena (1961), ensayista y editor de «Cielonaranja», quien se ha propuesto reunir en catorce volúmenes las obras completas de Pedro Henríquez Ureña. Por último, Miguel Reyes Sánchez (1966), abogado y especialista en estudios diplomáticos y relaciones internacionales, y autor de *Océanos de tinta y papel: historia de la navegación y el desarrollo marítimo dominicano* (2011), obra ganadora del Premio «Don Eduardo León Jimenes» en la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo 2012; y Mario Arvelo Caamaño (1970), abogado y politólogo, autor de cuentos, poemas y ensayos de su especialidad.

IV

Instituciones y publicaciones

Antes de concluir estas apretadas palabras, creo que conviene resaltar la extraordinaria contribución de una serie de entidades: academias, bancos, centros culturales, editoras y fundaciones, entre otras, sin cuyo aporte el mundo editorial de la República Dominicana tendría una dimensión más reducida.

En primer término, la Academia Dominicana de la Lengua, dirigida desde hace años por el escritor y crítico literario Bruno Rosario Candelier, la cual ha publicado decenas de libros de investigación lingüística que constituyen verdaderos aportes al estudio del español dominicano, y varios diccionarios, entre los cuales se cuentan: *Diccionario del español dominicano* (2013), un *Diccionario fraseológico del español dominicano* (2016) y el *Diccionario de símbolos* (2017).

Por su lado, la Academia Dominicana de la Historia, que dirige la escritora Mu-Kien Adriana Sang, institución que ha publicado hasta el presente 124 libros y 192 números de la revista *Clio*, la cual recoge trabajos de investigación, discursos y ensayos sobre temas de la historia nacional.

Iniciada en 1995 durante la primera gestión del gobernador Héctor Valdez Albizu (1947), el Banco Central de la República Dominicana ofrece un catálogo editorial que incluye las series de Arte y Literatura, Ciencias Sociales, Economía y Bibliografías económicas, Nueva literatura económica dominicana, Numismática y Filatelia, Educativa y Obras premiadas. Esta colección actualmente alcanza la cifra de 215 títulos de autores nacionales activos, y de extranjeros que se ocupan de temas dominicanos. Como dato digno de resaltar, dicho catálogo incluye autores de numerosos premios anuales y doce Premios Nacionales de Literatura, así como un gran Premio de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo, otorgado, como señalé al inicio, a *Las metamorfosis de Makandal* del poeta Manuel Rueda.

En el campo de las instituciones bancarias, preciso es mencionar al Banco Popular Dominicano que cada año, bajo la coordinación del poeta José Mármol, pone en manos de sus accionistas y relacionados un ejemplar de lujo bellamente ilustrado con fotografías originales sobre un tema relevante del arte, la cultura y la sociedad, escritos por prestigiosos intelectuales, historiadores, sociólogos y cronistas. La colección de libros electrónicos del Banco Popular incluye asuntos sobre la banca, el cambio social, el desarrollo, el carnaval, el turismo, la geografía nacional, el ecosistema, la artesanía, entre otros.

De igual manera, el Banco de Reservas de la República Dominicana, que cuenta con una Biblioteca Virtual a la que pueden tener acceso todos los interesados para descargar sus libros en formato PDF. Además de haber reunido en siete volúmenes todas las obras de la Colección Pensamiento

Dominicano, que en inicialmente publicara el librero y editor don Julio D. Postigo (1904-1996), debe mencionarse su contribución a las importantes publicaciones que realiza el Archivo General de la Nación que dirige el renombrado historiador Roberto Cassá (1948), en un esfuerzo de rescate de obras fundamentales de la historia nacional, así como la extensa lista de obras literarias, históricas del siglo XIX hasta nuestros días.

En lo que respecta a las fundaciones culturales, quiero referirme a la Fundación Corripio Incorporada, establecida en 1986 por el empresario Manuel Corripio García (1908-2004) y que desde hace años preside su hijo José Luis Corripio Estrada, «Don Pepín» (1934), la cual inició sus actividades con la formación de la Biblioteca de Clásicos Dominicanos, para el rescate y difusión de autores y obras fundamentales de la literatura nacional, habiendo publicado hasta el presente unos 40 títulos, de Cristóbal Colón (1451-1506) hasta nuestros días. Esta institución asumió, casi desde sus inicios a partir de 1992, el patrocinio del Premio Nacional de Literatura, que es, como se sabe, el más alto galardón que se confiere en nuestro país a un hombre o mujer de letras por la obra de toda una vida de creación literaria, y del que se deriva una colección homóloga de libros, así como la serie «Prisma», para obras de actualidad.

Por otra parte, creada en 1979 por el economista e historiador Bernardo Vega, la Fundación Cultural Dominicana ha hecho aportes esenciales a la bibliografía dominicana, a través de casi un centenar de títulos sobre temas históricos, antropológicos, socioculturales y literarios.

El historiador Manuel García Arévalo y su esposa, la socióloga Francis Pou León, dirigen la colección bibliográfica de la Fundación García Arévalo, especializada en temas históricos, con énfasis en las relaciones entre España y Santo Domingo durante el período colonial, y que también incluye la arqueología, el folclor nacional, la producción literaria dominicana, con más de sesenta libros publicados hasta la fecha.

La Fundación Eduardo León Jimenes, dirigida por la educadora María Amalia León Cabral (1960), maneja el programa cultural del Centro León, que es la entidad más importante en su género no solo en la República Dominicana, sino en toda la región del Caribe, a través de exposiciones de artes visuales, actividades culturales diversas, teatro, música, cultura popular, y el funcionamiento de una rica mediateca a disposición del público, así como publicaciones fundamentales sobre las artes plásticas nacionales, sobre todo los volúmenes de la serie *Memoria de la pintura dominicana*,

del pintor y extraordinario historiador de artes visuales Danilo de los Santos, «Danicel» (1943-2018).

Creada en el año 2000 por el ex presidente Leonel Fernández Reyna (1953), la Fundación Global Democracia y Desarrollo, entre sus numerosas iniciativas y actividades, hay que resaltar los casi 200 doscientos títulos de su colección bibliográfica, una valiosa revista y numerosos proyectos de índole cultural.

Fundada en 1973, la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, que desde hace años dirige el ingeniero Dennis Simó Torres (1943), posee una biblioteca con 13,539 títulos disponibles sobre temas dominicanos y del Caribe, una Biblioteca Piloto Infantil, y una labor editorial que ha dado prioridad a obras de historia e identidad cultural, con 87 títulos publicados hasta la fecha.

Por último, la Editora Nacional del Ministerio de Cultura, dirigida por el poeta José Enrique García ha publicado numerosas obras de autores dominicanos contemporáneos, así como las obras ganadoras de los Premios Anuales de Literatura, y una esmerada colección de volúmenes de clásicos dominicanos de todos los tiempos, en ediciones de bolsillo.

V

Final

La República Dominicana es un país donde se publica mucho y se lee poco. La intensa actividad editorial, si bien compuesta por ediciones de baja tirada que pocas veces sobrepasan los mil ejemplares por título, no se corresponde con los reducidos niveles de lectura existentes en el país.

Salvo excepciones de intelectuales y gente instruida de alto nivel, existe una élite socioeconómica poco inclinada a los libros y una clase media de profesionales que vive de espaldas a la lectura y cuyas aficiones mayores están centradas en el consumo y el entretenimiento. Hay una inmensa mayoría de personas con baja o muy baja instrucción que los hace ajenos al mundo de la letra impresa, ya sea en periódicos, revistas o libros. Nos faltan profesores competentes que fomenten la lectura en las aulas y sirvan de inspiración a sus alumnos. En la sociedad dominicana de hoy prevalecen marcos familiares heterogéneos donde tampoco se estimula el valor de los libros. Como si fuera poco, la competencia cada vez más feroz

de los medios electrónicos y las redes sociales han suplantado la lectura individual y colectiva; circula mucha información, pero se adquieren pocos conocimientos.

A principios de este siglo desaparecieron las únicas revistas de circulación nacional que existían, así como los suplementos literarios de los principales matutinos de Santo Domingo, donde solo sobrevive el mencionado suplemento «Areito» del periódico «Hoy». En cambio, han prosperado mucho las dedicadas al turismo, el mercadeo de productos y la promoción de la clase empresarial, algunas con presentaciones de lujo francamente envidiables. Los medios de comunicación entre nosotros se manejan con un criterio de rentabilidad económica en el que está ausente la conciencia del libro como fuente de saber y la necesidad de respaldo a la difusión cultural, artística y literaria en todas sus manifestaciones. La omnipresente y pragmática política nacional, las noticias de actividades deportivas, la eterna presencia de la farándula, los espectáculos dirigidos a las élites y sectores populares y el sensacionalismo de la prensa amarilla reciben mayor acogida que cualquier otro asunto en las páginas de los periódicos dominicanos.

Aun así, con ediciones limitadas y un mercado editorial restringido, los hombres y mujeres de letras de nuestro país, imbuidos de un espíritu quijotesco de la mejor estirpe, continúan adelante, escribiendo y publicando cuando pueden, convencidos de su vocación literaria y del efecto liberador de la lectura.

OBRAS CITADAS

- Acosta, José y Gutiérrez, Franklin (Compilación, introducción y fichas). *Voces de ultramar. Literatura dominicana de la diáspora* Ediciones Ferilibro No.72, impreso en Búho, 2005.
- Alcántara Almánzar, José. *Reflejos del siglo veinte dominicano*. Santo Domingo: Editorial Santuario, impreso en Búho, 2017.
- . *Antología mayor de la literatura dominicana (Siglos XIX y XX). Prosa II*. Santo Domingo: Ediciones de la Fundación Corripio, 2001.

- Batista, León Félix. *Directorio de escritores dominicanos en los Estados Unidos*. Santo Domingo: Ediciones Ferilibro, 2005.
- Belliard, Basilio (Edición y prólogo). *Las voces del juicio. Entrevistas a críticos-escritores dominicanos*. Santo Domingo: Ediciones Ferilibro, 2016.
- Cañete Quesada, Carmen. *La nación y su escritura. Colección de voces dominicanas (1965-2017)*. Prólogo de Franklin Gutiérrez. Santo Domingo: Publicación de la Academia Dominicana de la Lengua: Editora Búho, 2018.
- García Cartagena, Manuel (Estudio, selección y notas). *Indómita & Brava. Poesía dominicana 1960-2010*. Madrid: Amargord Ediciones, 2017.
- Fornérin, Miguel Ángel. *El canon horizontal*. Santo Domingo, Editorial Santuario, 2018.
- Lantigua, José Rafael. *Venir con cuentos. Muestrario del cuento dominicano*. Santo Domingo: Editora Nacional, Ministerio de Cultura, 2012.
- López Sacha, Francisco y Lantigua, José Rafael. *Islas al sol. Antología del cuento cubano y dominicano*. La Habana / Santo Domingo, Ediciones Ferilibro 1999, núm. 18.
- Rueda, Manuel. *Antología mayor de la literatura dominicana (S. XIX y XX). Poesía II* Santo Domingo, Ediciones de la Fundación Corripio, 2001.
- Sánchez, Enriquillo. *Poesía bisoña 1960-1975 (Reseña y antología)*. Santo Domingo: Ediciones de la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2019.
- Valdez, Pedro Antonio. *República Dominicana: Narradores del siglo XX*. Guatemala: Letra Negra Editores, 2006.